

¿Transición hacia el socialismo?

Por

Jorge A. Sanguinety

Dentro de la relativa inmovilidad de la economía cubana y del gobierno a cargo de Raúl Castro hay acciones y declaraciones que parecen presagiar algunos cambios en la isla. Primero, las declaraciones de Fidel Castro en la Universidad de La Habana en 2005, señalando el peligro de perder al socialismo y la necesidad de salvarlo. Después, las declaraciones recientes del último 26 de julio por Raúl Castro mencionando algunos problemas económicos y sugiriendo que se discutan abiertamente.

Me parece que lo que estamos observando va más allá de una simple sucesión. Como he dicho antes, Raúl Castro no se puede dar el lujo de tomar las riendas del poder y dejar las cosas tal como están. El no tiene la magia fidelista que les permitió a los dos hermanos sobrevivir el deterioro crónico del nivel de vida de los cubanos. Mucho menos podrá extenderlo indefinidamente. Por lo tanto, tendrá que hacer cambios para mejorar la economía y no jugar con la paciencia de los cubanos. Pero, ¿qué clase de cambios? Yo diría que los que Raúl Castro va a implantar estarán encaminados a establecer la economía socialista que sólo existió en Cuba como tramoya decorativa y en los sueños y esperanzas de los viejos comunistas del Partido Socialista Popular y de otros como Ernesto Guevara y el propio Raúl Castro. En otras palabras y aunque resulte increíble, lo que posiblemente estemos observando en Cuba es un proceso de transición hacia el socialismo en medio de una sucesión o traspaso de poderes.

Ojalá que no fuera así. Lo que yo quiero para Cuba es un cambio que lleve al país hacia un estado de derecho, con plenas libertades civiles, una organización democrática, una economía de mercado (ni monopolista ni protegida o subvencionada) y con el grado de solidaridad humana que la economía permita. Pero, honestamente, yo no tengo razones para esperar que las fuerzas a favor de la democracia en Cuba puedan prevalecer en el futuro inmediato sobre un castrismo reciclado.

Hagamos una breve reseña de algunos elementos de juicio que son esenciales para llegar a tal conclusión. De acuerdo con un artículo reciente de Ion Mihai Pacepa, un rumano ayudante de Ceaucescu, el funcionario de inteligencia de más alto rango que llegó a desertar a Estados Unidos, Nikita Krushev no confiaba en Fidel Castro, a quién veía como alguien desconectado del marxismo. Pacepa relata que los propios comunistas cubanos creían que Fidel Castro era un peligroso aventurero. Sin embargo, en quien Krushev confiaba era en Raúl Castro, pues ambos tenían gustos parecidos, lo que incluía el vodka, el marxismo, las cuestiones militares, el espionaje y el contraespionaje. Es Raúl el que logra la alianza con la Unión Soviética y muchas otras cosas, incluso la construcción de las bases de cohetes en Cuba que desembocó en la crisis de octubre de 1962.

Pero Fidel es el líder, el que arrastra las masas, el que tiene el poder para establecer una dictadura totalitaria. Por lo tanto tienen que aceptarlo aunque no siga la línea de Moscú al pie de la letra. El es el que impide el pleno desarrollo de una economía socialista en los años sesenta, pero deja que el hermano monte un sistema represivo similar al soviético. Su agenda económica se basó en que la Unión Soviética subsidiara al país. Sin embargo, al final de su vida manifiesta una preocupación por la supervivencia del régimen que montó. Posiblemente se da cuenta que su versión de socialismo, especialmente en lo económico, es demasiado débil y hay que fortalecerlo. Es como si se le hiciera obvio que sin él, sin su carisma, ese remedo de gobierno y de país que deja no podrá durar mucho en manos de su hermano.

La salida es entonces reinventar el socialismo, el que nunca existió plenamente en Cuba. El socialismo que los socialistas cubanos y soviéticos querían para Cuba se basaba en una dictadura sostenida por un régimen represivo, pero no era precisamente uno con la industria azucarera y economía arruinadas y con ciudades decrepitas, mucho menos con una dependencia permanente de los subsidios soviéticos. Lo que querían de Fidel Castro era un régimen como los de Europa Central y Oriental. Eso es lo que puede querer hacer Raúl Castro en Cuba. La cuestión es si los cubanos en la isla aceptarían semejante régimen, uno con algunas reformas económicas, pero ninguna reforma política.

Por lo que leo entre líneas de algunos disidentes y reformistas cubanos, posiblemente muchos cubanos lo aceptarían, porque la falta de libertades económicas parece resentirse más que la falta de libertades políticas, pero dudo que indefinidamente. Si los cubanos han aguantado hasta aquí y Raúl Castro no afloja el sistema represivo que ayudó a montar, ¿qué razones tienen para no extender su paciencia y darle “un chance” a la marca de socialismo ortodoxo que les traería algún alivio a las penurias actuales con algunas reformas económicas? Pero, ¿hasta cuándo? El socialismo ortodoxo es un régimen contra natura insostenible en el largo plazo. Más temprano que tarde el socialismo raulista agotará su capacidad de superar el desastre del socialismo fidelista y acabaría estancándose. La duración de este nuevo ciclo dependerá de cómo actúen los gobiernos de Estados Unidos y de aquellos países que puedan ejercer alguna influencia sobre Cuba.

Jorgeas730@aol.com

Miami, 4 de octubre de 2007